

SEGUNDO AÑO DE MEDICINA

Las asignaturas correspondientes al segundo año eran: Anatomía Descriptiva y Disección (Segundo Curso), Fisiología, Física Médica y Química General.

La Anatomía y la Disección, con los mismos personajes y con idéntico escenario, no merecen una descripción especial.

El doctor José A. Presno nos explicó esplacnología¹ y su clase era una de las más amenas de segundo año. Si creyera en la metempsícosis, tendría la firme convicción de que en el cuerpo del doctor Presno había reencarnado un alma japonesa. El color de su tez, lo negro y chorreado de su bigote y su paciencia infinita le daban el aspecto de un súbdito de Hirohito.

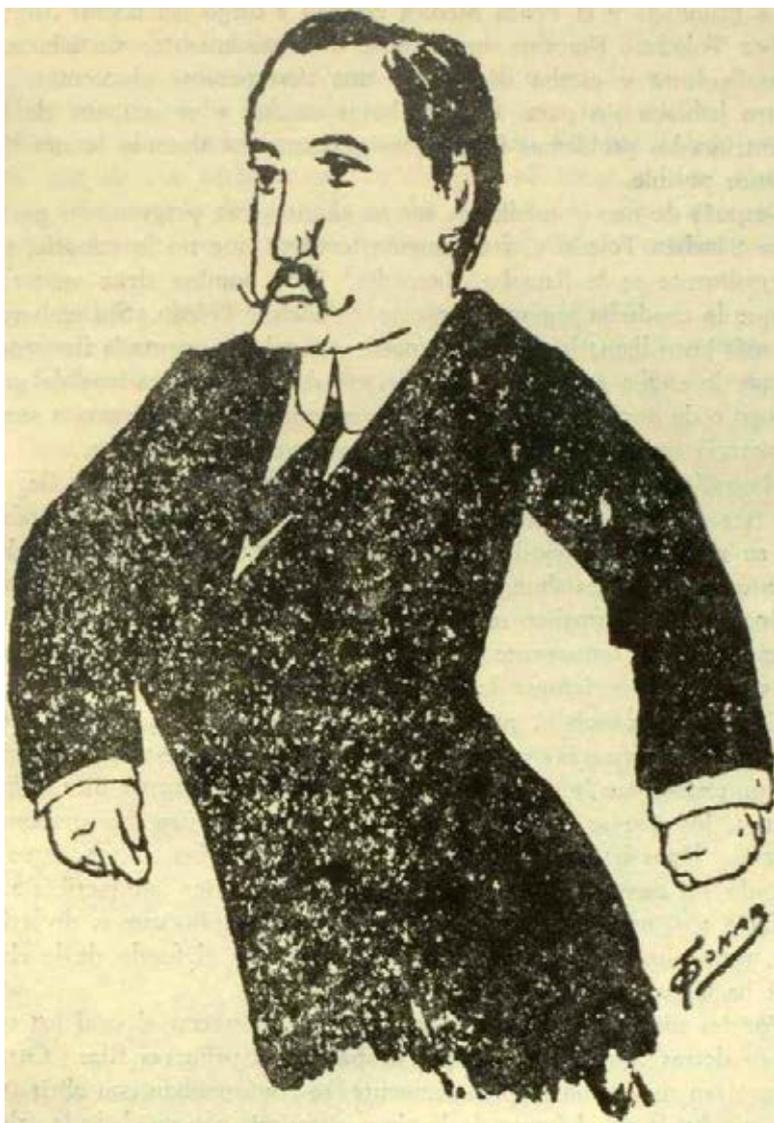
En su cátedra, explicando esplacnología, se tomaba todas las molestias imaginables para hacer más claras sus explicaciones: cuando explicaba el Haz de His, llevaba corazones de reses y numerosas láminas que describía minuciosamente; cuando trataba sobre el riñón, llevaba cuidadosamente colocado en una cajita un enorme cálculo extraído por él, que moldeaba la pelvis y los cálices renales; en fin, cuando se ocupaba del peritoneo o de la pleura, simulaba esas serosas con un paño y su bombín representaba, alternativamente, el hígado o el pulmón.

Una característica: el doctor Presno jamás se sentaba para explicar su clase.

Recuerdo que fue él, el único que oyó leer el tema escrito de mi examen de anatomía. Mientras yo leía, «Panchón» le consultaba a Varela las ventajas y posibilidades de alza que tendrían ciertos solares que se proponía adquirir en lo alto de la Víbora.

De más está decir que, en vista de esa conversación, procuré leer lo más rápidamente posible, a fin de terminar mi examen antes de que se firmara la escritura de compraventa.

¹ Esplacnología: Partí! de la Anatomía que estudia las vísceras.



Dr. José A. Presno Bastiony.

La Fisiología y la Física Médica estaban a cargo del doctor Miguel Sánchez Toledo. Era éste un hombre de conocimientos vastísimos y extensa cultura y estaba dotado de una desesperante elocuencia. El maestro hablaba sin parar durante horas enteras y se ocupaba de los más intrincados problemas fisiológicos mientras sus alumnos le atendían lo menos posible.

Después de mes y medio de ser su alumno, me preguntaron por el doctor Sánchez Toledo y, francamente, confesé que no lo conocía, tan universalmente se le llamaba *Magendie*. Este nombre tiene un no sé qué que le cuadraba maravillosamente a Sánchez Toledo. Sin embargo, sería más justo llamarle Claude Bernard, teniendo en cuenta la frecuencia con que le citaba en sus clases, adicionándole los calificativos de gran fisiólogo o de gran maestro pero, preferentemente, «el maestro» a secas, que parecía tener, por su modestia, mayor prestigio para él.

Magendie era hombre metódico, con regularidad matemática llegaba a las tres a la escuela. Al entrar los alumnos al aula, ya le encontraban ante su mesa, desde donde inspeccionaba la entrada de sus discípulos, provisto de sus lentes ahumados, que se colocaba con una oblicuidad tal, que los cristales formaban un ángulo de 90 grados con su nariz. En su indumentaria era sumamente pulcro: la blancura de su cuello era inmaculada y sus zapatos siempre lucían resplandecientes.

Crédulo y bonachón, para él era letra muerta el adagio que dice: «Piensa mal y acertarás» y, como consecuencia de esto, se podrá presumir cuán pintoresca resultaba una clase de Fisiología. Solamente diez o doce alumnos, los que se sentaban en la primera fila, tenían sus cuadernos abiertos. Unos hacían caricaturas, otros jugaban a los ceritos, otros al ahorcado, los menos tomaban notas y no faltaba alguien que escribía a su familia o a su novia. Estos pertenecían al grupo de los que se divertían solos, pero nunca faltaba un coro que cantaba en el fondo de la clase y que hacía las delicias de la concurrencia.

Por las últimas filas no era raro ver un sifón con el cual los que estaban detrás mojaban a los que ocupaban las primeras filas. Otros, que querían mojar más económicamente, se conformaban con abrir una llave que había en el fondo de la clase y oprimir con un dedo la salida del agua. Algunos alcanzaban una pericia tal, que dirigían con precisión el chorro a la nuca del elegido. Otros, más tranquilos o, tal vez, más

aburridos, desde los balcones con vista a la calle de Zanja, se entretenían en escupir a los transeúntes. Y, entre tanto, *Magendie* hablaba, hablaba y continuaba hablando con su verborrea incoercible.

Cuando el escándalo era demasiado grande, Sánchez Toledo comenzaba uno de sus párrafos con su clásico: «Señores...» Los alumnos creían (al principio del curso) que iba a regañarlos. Pero, quia, era su estribillo favorito y continuaba resolviendo difícilísimos problemas fisiológicos.

La palabra predilecta de *Magendie*, la imprescindible, era «ese». Oigámosle hacer preguntas que, como es natural, él mismo contesta:

¿Cuál es ese fermento que contiene ese jugo que segrega ese páncreas y que se vierte en ese duodeno?

Otro ejemplo:

—Y, a ese soldado, señores, que tiene que realizar un trabajo penoso, ¿qué le ponemos de carbohidratos? Pues, pongámosle... 100 gramos. Buena cifra, señores. Y, a esa nodriza, que tiene que alimentarse ella y dar el pecho a ese niño, a esa nodriza, ¿qué le ponemos? Pongámosle... 150 gramos. Todo eso lo dice apuntalando su labio superior con los dedos índice y medio, extendidos, de la mano derecha.

Magendie presumía de poder apreciar el comportamiento de los alumnos en el aula. Pretendía saber, y a veces acertaba, cual era el sitio que ocupaba cada uno y la frecuencia con que asistía a clases. A la hora de designar quiénes se examinarían en junio y quiénes serían postergados hasta el mes de septiembre, empleaba un procedimiento más sumario aun que el que se usaba en los juzgados correccionales y, así como un juez diría: cinco pesos, diez pesos, absuelto, *Magendie* decía:

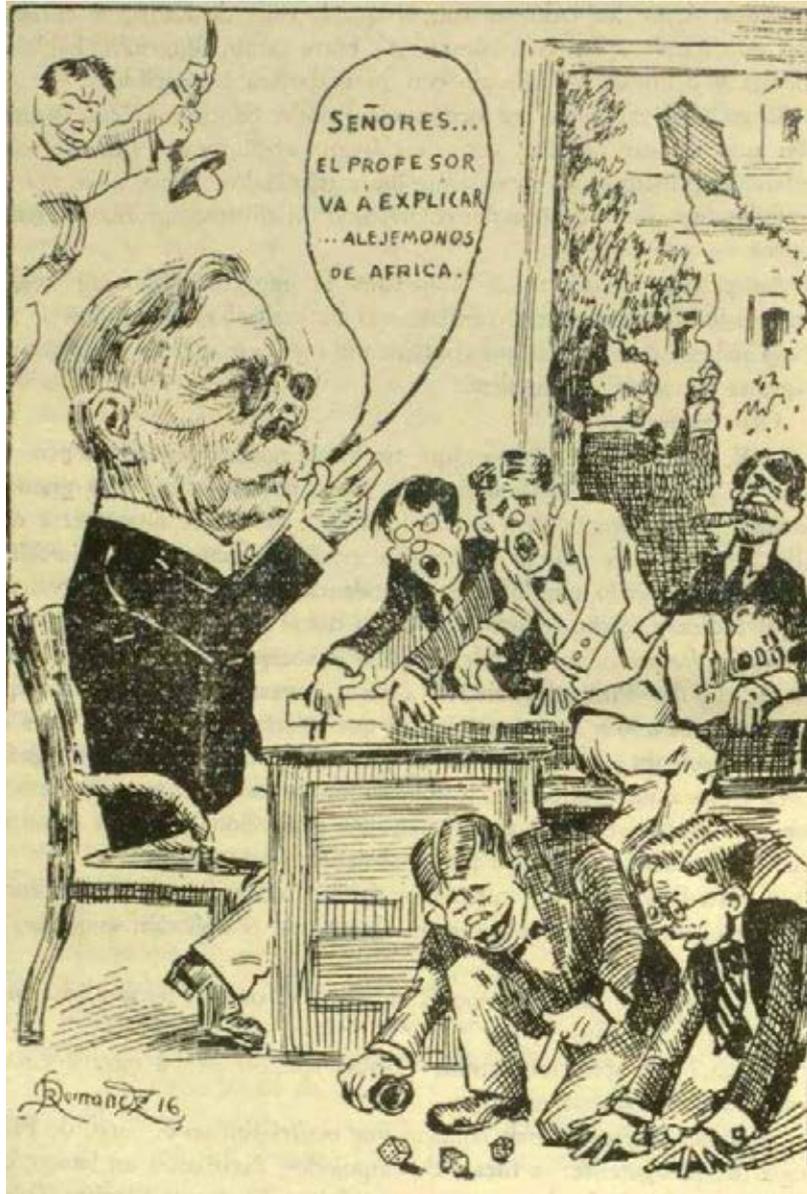
—Usted ha hecho un curso muy asiduo o usted ha hecho un curso muy revoltoso. Recuerdo que a un alumno de complejión sanguínea le dijo:

—Usted debe haber pasado el curso en el campo, porque está muy quemado.

Y no hubo apelación posible. Aquel alumno estaba muy quemada y no pudo examinarse en junio.

Una de las escenas más cómicas que ocurrieron en el curso de Fisiología fue la siguiente: a fuerza de empujones, derribaron un banco, que cayó en medio de la clase con gran estrépito. El doctor Sánchez Toledo se limitó a ponerse de pie y decir:

—Señores, el profesor se retira indignado.



Dr. Miguel Sánchez Toledo (*Magendie*). (Caricatura de Diego Fernández.)

Y como lo dijo, lo hizo. Estábamos a fines de curso y no era prudente exacerbarle la virulencia. Inmediatamente fue una comisión a buscarle. El que tomó la palabra, imitando su estilo dijo:

—Los alumnos no pueden permitir que el profesor se retire indignado del aula, y esperan que regrese.

—Y, usted ¿me garantiza el orden?

—Garantizado.

Reinstalado en la cátedra, dijo:

—Señores, ese plasmodio de mixomiceto, colocado a temperatura adecuada...

Terminada la clase salía acompañado del doctor Francisco Hernández, su ayudante, e invariablemente tomaban un néctar soda en el café de Tacón, que unas veces pagaba el profesor y otras, el ayudante.

Cierta vez al salir de la clase el doctor Hernández, poseedor de un voluminoso vientre, alguien gritó:

— ¡Pancho Batea!

Y el ayudante, extrañado, comentó:

—Lo de Pancho es una confianza que no he autorizado, pero no sé qué quieren decir con lo de Batea.

En el transcurso del año nos explicó algunas clases el doctor Pérez Vento que, en aquella época, era el profesor auxiliar de la asignatura. En el doctor Pérez Vento teníamos un caso típico de la influencia del medio sobre el individuo. Estando al frente de una Clínica de Enfermedades Mentales, era natural que él presentara ciertos desequilibrios. Por padecer una afección cardíaca, le estaba prohibido subir rápidamente las escaleras. Siempre olvidaba esa prescripción y, al llegar al segundo piso, después de haber subido de dos en dos los escalones, hablaba consigo mismo y se decía:

—Pérez Vento, has subido muy de prisa. Baja y sube lentamente.

Y ante el asombro de todos, así lo hacía.

No es el doctor Pérez Vento el único caso. ¿Quiénes no vieron en aquella época, en pleno agosto y bajo los calores del más riguroso verano, al doctor Malberty, deambulando por las calles enfundado en un Macferland?²

² Macferland: Abrigo que, en vez de mangas, tiene una capa corto.

Y el carácter desigual y el hastío que acompañaba habitualmente al doctor Valdés Anciano, ¿no es otra prueba de la positiva influencia del medio sobre el individuo?

La Física Médica estaba también a cargo del doctor Sánchez Toledo. El maestro traducía de un texto en francés y dictaba en español. Casi nadie tomaba notas. Aunque el profesor no lo sabía, los alumnos estaban en el secreto. Ese texto francés, que él traducía y dictaba, estaba a la venta en los anaqueles de las librerías, vertido al español.

La clase de Química General, al igual que la de Física, se impartía en la universidad. Aun cuando esa asignatura aparecía en los planes de estudio en el segundo año, muy pocos alumnos se ceñían a los programas. Como no tenía precedencia con otras materias, podía arrastrarse impunemente. Los más la aprobaban, por lástima, en quinto año, aduciendo que era la única asignatura que tenían pendiente para graduarse y haciendo uso de toda clase de padrinzos e influencias. Yo la aprobé en septiembre del tercero.

A pesar del poco amor que demostraban los estudiantes de medicina por la química, todos reconocíamos las excepcionales cualidades de profesor que reunía el doctor Gerardo Fernández Abreu. Asistía puntualmente a clases y cumplía escrupulosamente todos sus deberes de profesor. Realizaba exámenes parciales durante el curso, que es el único medio que tiene un profesor para conocer el aprovechamiento de sus alumnos.

El señor Angel Poveda publicó en un periódico habanero una semblanza cómica del doctor Fernández Abreu. De ella tomamos las siguientes frases, plenas de gracia y de fina observación:

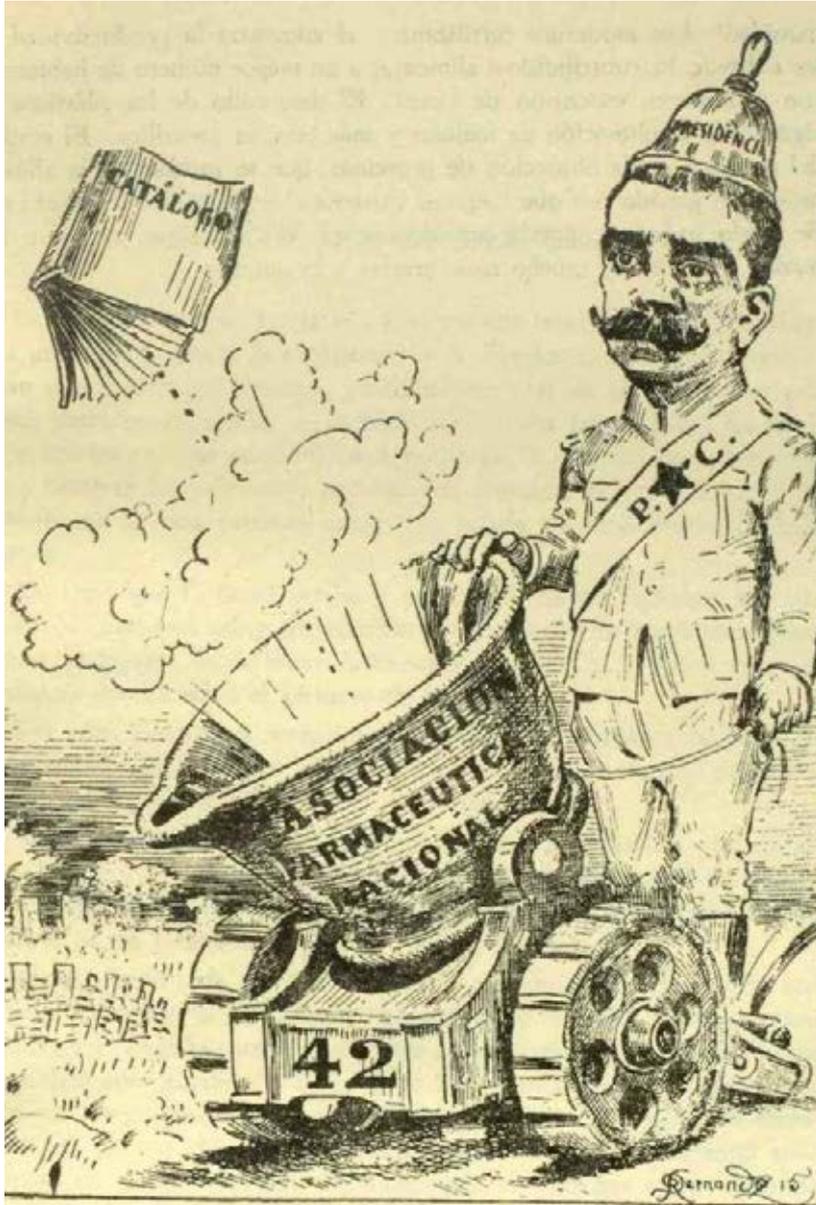
«Fanático de la química, llega a la siguiente conclusión: sólo la química salvará a la patria; sólo la química salvará al mundo.»

Habla Abreu, empieza el discurso. Silencio de ultratumba. Primero un introito breve y piano. Luego frases graves, sonrisas coquetonas, exclamaciones. Sin esa sonrisa no tiene gracia el discurso, sin las exclamaciones, tampoco.

El doctor Fernández Abreu, a cada rato, abre la boca enormemente, apuntalando el bigote contra la nariz y exclama:

—¡Ah!

No sabía Ángel Poveda cuánta verdad había en las predicciones optimistas de Fernández Abreu. De entonces acá, ¡qué papel más preponderante ha jugado la química en los adelantos y en el bienestar de la bu-



Dr. Gerardo Fernández Abreu. (Caricatura de Diego Fernández.)

manidad! Los modernos fertilizantes, al aumentar la productividad de los cultivos, ha contribuido a alimentar a un mayor número de habitantes con una menor extensión de tierra. El desarrollo de los plásticos ha significado la obtención de mejores y más baratos utensilios. El empleo del petróleo en la obtención de proteínas, que se utilizan en la alimentación del ganado con que luego se sustenta el hombre, ha permitido que de modo indirecto, pueda considerarse el petróleo como alimento humano. Todo eso y mucho más, gracias a la química.